

Ejército Guerrillero de los Pobres Manifiesto internacional

A los Pueblos hermanos;
a las organizaciones revolucionarias,
democráticas y populares;
a los gobiernos, entidades, fuerzas y
personalidades progresistas

En muchos países del mundo y através de todos los medios de comunicación posibles, se expresa actualmente una gran cruzada de solidaridad internacional con el pueblo de Guatemala.

Torrentes de voces amigas, solidarias y fraternales, claman por todas partes denunciando la bestial represión que sufre nuestro pueblo y elevan sus protestas ante la comunidad mundial, ejerciendo una presión política y moral muy fuertes sobre la camarilla de saqueadores y asesinos que gobiernan nuestro país, sobre los sectores económicos que la respaldan, y sobre el imperialismo yanqui que es su principal sustento.

Los efectos de estas denuncias y protestas ya se han hecho sentir. Los gobernantes yanquis, escamados por los reveses políticos sufridos en Irán y en Nicaragua, tratan afanosamente de persuadir a sus criminales lacayos para que suavicen el grado de la represión y la opresión, para que permitan algunas libertades a nuestro aherrojado Pueblo, y a las clases dominantes para que amplíen el volumen de las migajas que dejan a los sectores populares. Los verdugos gobernantes, los empresarios y terratenientes que han sido directamente señalados por las denuncias, se han vuelto rabiosos, como víboras emponzoñadas, contra el clamor de la solidaridad internacional.

Es necesario que todos Ustedes sepan que las voces de denuncia y de protesta enarboladas, han producido ya efectos de refuerzo al ánimo de lucha y de victoria que alienta e impulsa a nuestro Pueblo.

Pero es necesario que Ustedes sepan algo más. Que sepan que aunque en estos momentos los rasgos que más se conocen de nuestra situación nacional en el exterior son la represión y el sufrimiento de nuestro Pueblo, tras ese cuadro se desarrolla firme, sólida y comba-

tivamente, la lucha de nuestro Pueblo por su liberación definitiva. Es necesario que Ustedes conozcan algo más que las cifras ominosas de los muertos que la represión del gobierno causa a diario, o las impactantes estadísticas que revelan una de las realidades de miseria más oprobiosa y de atraso más desolador que existe en el Continente Americano. Que conozcan algo más que las ocasionales noticias que informan sobre el desarrollo de la guerra popular revolucionaria que en el campo y ciudades libra nuestro Pueblo. Es necesario e importante que Ustedes conozcan también algo de nuestro pensamiento Revolucionario y de nuestras perspectivas, para que compartan con nosotros la seguridad que tenemos en una no lejana victoria revolucionaria de nuestro Pueblo. En esa medida la solidaridad que nos expresan se podrá traducir más concretamente en todas las formas y niveles que sea posible y necesario.

Es necesario que Ustedes conozcan y juzguen las bases y premisas sobre las cuales nos proponemos en estos momentos elevar la guerra popular revolucionaria a fases más completas y decisivas, y que conozcan el marco de las condiciones políticas e históricas en las que estamos convencidos que es posible hacerlo para lograr el triunfo.

Nunca como ahora la coyuntura política en Centroamérica ha sido tan favorable para el desarrollo del proceso revolucionario como en los actuales momentos, después del glorioso triunfo del Pueblo nicaragüense dirigido por su vanguardia revolucionaria, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, sobre sus opresores criollos y los imperialistas. Pero esta situación requiere de un esfuerzo muy grande, de parte de las organizaciones revolucionarias del resto del istmo, y de nosotros los revolucionarios guatemaltecos, para aprovechar las ventajas objetivas al máximo y lograr, así, imprimir a todo el proceso de la lucha un ritmo mucho más acelerado y una profundidad mucho mayor. Creemos estar concientes de este hecho. Pero también creemos estar concientes de que en estas circunstancias una derrota táctica, político-militar puede ocasionarle al movimiento revolucionario un retroceso estratégico.

Esto nos lleva a hacer un balance de los factores que en nuestra opinión inciden en nuestra lucha.

EL CUADRO GLOBAL

La lucha de nuestro Pueblo por su liberación definitiva, que las organizaciones revolucionarias caracterizamos como una GUERRA

POPULAR REVOLUCIONARIA, es parte y consecuencia de la lucha mundial entre el sistema capitalista y las fuerzas del socialismo y de la liberación nacional. Nuestra lucha se realiza, en el marco y como parte, de la más aguda crisis del sistema mundial de explotación capitalista. Y como parte integrante del auge inmenso de las luchas de los pueblos dependientes y sub-desarrollados por su liberación.

La crisis del sistema capitalista no había sido jamás tan profunda y tan global como en estos momentos. El equilibrio militar entre el capitalismo y el socialismo a escala mundial, enmarca una situación en que los círculos imperialistas, punta de lanza del sistema, ya no pueden, como lo hacían antes, desencadenar libremente guerras desvastadoras contra los pueblos atrasados y débiles que osaban desafiarlos y oponer resistencia a su dominación.

Este marco ha hecho posible el derrumbe del sistema colonial y el surgimiento de países independientes que tienden a constituir alineamientos internacionales para coordinar su desarrollo y para resistirse a las presiones y exigencias imperialistas.

Este marco ha hecho posible el triunfo de las revoluciones populares y socialistas en Cuba, Argelia, Libia, Guinea Bissau, Angola, Mozambique, Etiopía y Nicaragua.

En este marco fue posible que el pueblo vietnamita infligiera a la maquinaria guerrillera del imperialismo yanqui la más significativa derrota político-militar que haya tenido en su historia.

En este marco ha sido posible que los países productores de petróleo impongan a este producto, que los imperialistas bombeaban antes a su antojo a cambio de limosnas, los precios que ellos consideraban apropiados, y determinen con ello la crisis energética del mundo capitalista.

Como una de las consecuencias de esta situación, se está desarrollando con fuerza creciente una diversificación de los centros de poder económico y político en el seno del bloque capitalista, lo cual, tomando en cuenta su naturaleza y su actual etapa significa una grave contradicción interna.

Mientras tanto, paralelamente a la crisis del sistema capitalista, ocurre un reajuste y una revitalización de las posiciones revolucionarias en el seno del campo socialista mundial. La política exterior de la Unión Soviética y de otros países del campo socialista ha retomado el carácter combativo y militantes que por naturaleza le corresponde, después de un impasse que provocó muchas confusiones. Y, aunque en el seno del campo socialista hayan ocurrido dolorosas

mutaciones, como la traición y abandono a los principios revolucionarios cometida por la Dirección del Partido Comunista Chino, y las divergencias surgidas entre partidos comunistas europeos, el campo de la revolución y el socialismo se ha fortalecido globalmente con las victorias populares y revolucionarias en Asia, en Africa y en América Latina.

A ellas hay que agregar las luchas independentistas coronadas triunfalmente en un gran número de ex-colonias, y el avance de las luchas revolucionarias y populares, que se desarrollan, en diversos grados, en Zimbawe, Namibia, Sahara, Palestina, Colombia, Puerto Rico y Centroamerica.

A nivel continental la fisonomía de América Latina ha cambiado totalmente. Lo que antes fue el traspasado estático de los Estados Unidos, ahora constituye uno de los escenarios políticos más importantes y determinantes en el mundo.

El trascendental rol histórico jugado por la gloriosa Cuba revolucionaria, como vanguardia del socialismo en el hemisferio, ha determinado el primer gran salto cualitativo de la lucha de los Pueblos del Continente por su liberación definitiva. La Revolución Cubana crece en significación en la actualidad. Ha estimulado en general la lucha revolucionaria de los Pueblos latinoamericanos, y su presencia ha determinado un nuevo equilibrio frente al imperialismo yanqui, que ha favorecido la constitución de alineamientos de países democráticos que ahora presentan resistencia a la rapacidad imperialista y frenan sus maniobras expansionistas en América Latina.

El triunfo de la revolución sandinista del Pueblo nicaragüense, y la ardiente guerra revolucionaria que libra el hermano Pueblo salvadoreño, completan la transformación ocurrida en el Continente Americano.

Todos estos sucesos han sido respectivamente derrotas sufridas por el imperialismo yanqui, y han determinado el deterioro de su poder que ha ido aceleradamente en aumento. Internamente, la metrópoli imperialista se encuentra desgarrada por una gravísima crisis económica, ante la cual los estrategas de la política y economía yanqui no han tenido más que plantearse la revisión de muchos aspectos de la estrategia del Estado imperialista yanqui.

En general el cuadro global revela un acelerado proceso de transformación de la correlación de fuerzas en favor de las fuerzas del socialismo y la liberación nacional.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS

La llegada de Carter a la presidencia de los Estados Unidos, impulsada por la llamada Comisión Trilateral, personificó una nueva estrategia global de los países capitalistas frente al campo socialista, los países del Tercer Mundo, y frente a la crisis interna del sistema. Fue el comienzo de un viraje destinado a provocar reajustes económicos, sociales y políticos de gran envergadura en los Estados Unidos, y en esa medida, en la esfera de su influencia, control o dominio.

Pues la crisis que sufre el capitalismo es una crisis orgánica, enraizada en el centro mismo del sistema mundial, los Estados Unidos, donde el mecanismo de articulación de las formas estructurales que corresponden a su desarrollo contemporáneo, la fase del Capitalismo monopolista de Estado, ha alcanzado su máxima plenitud.

El capitalismo sólo puede salir de su crisis orgánica contemporánea si logra engendrar un nuevo nivel de cohesión económico y político.

Los sectores que llevaron a Carter al poder han concebido la nueva estrategia dentro de los marcos de la exigencia objetiva del expansionismo imperialista, que en las actuales condiciones significa, en lo económico, organizar la economía doméstica norteamericana y la coordinación capitalista a escala internacional sobre la base de la elevación de las tasas de ganancia, de un ritmo más acelerado de la acumulación de capital, la reducción de los costos salariales, la apertura de nuevos mercados, y la estabilización del sistema monetario mundial.

En lo político se proponen mantener la detente con los países socialistas, garantizar el liderazgo capitalista de los Estados Unidos, y ponerle freno a los movimientos revolucionarios, democráticos y populares que amenacen el status quo internacional.

Los planes para un reajuste económico tan pronunciado requieren, por supuesto, de un reajuste ideológico también.

De ahí, surge la nueva teoría de los Derechos Humanos, destinada a tranquilizar al Pueblo norteamericano, a restaurar el prestigio del poderío yanqui, deteriorado internacionalmente a consecuencia de los reveses sufridos y de la incapacidad mostrada en la conducción de la política internacional de la metrópoli imperialista.

La restauración de la imagen y prestigio político internacional se ha vuelto indispensable para los gobernantes yanquis, en gran medida

porque las crecientes presiones sociales que se incuban en el seno del Pueblo norteamericano se tornarían explosivas si convergieran con una crisis internacional.

Pero una cosa son los planes y propósitos de los imperialistas, y otra muy diferente es la realidad. Al principio del gobierno de Carter pareció que su política iba a tener éxito en sus objetivos de reorganizar la coordinación capitalista a escala internacional, restaurar el prestigio yanqui en el mundo, detener la crisis, y enfrentar con éxito, mediante la demagogia, la maniobra y la presión, el avance de las fuerzas revolucionarias en el Tercer Mundo.

Sin embargo el gobierno de Carter ha fracasado en todos estos campos; ha caído en sucesivas contradicciones consigo mismo; ha agotado sus posibilidades mucho antes de completar el primer periodo presidencial, y ha entrado en confrontaciones con todo el mundo, incluyendo sus aliados; ha acentuado el descontento, la desconfianza del Pueblo norteamericano y la crisis general.

Quizás lo más importante para nuestra perspectiva es que, internamente, las medidas adoptadas por el gobierno norteamericano para reajustar la economía han provocado un enorme descontento social y ha reavivado por la base la lucha de clases en la producción, a niveles difícilmente alcanzados después de la II Guerra Mundial. El deterioro político de Carter parece haber anulado ya sus posibilidades para una reelección y amenaza con eliminar la posibilidad de que el Partido Demócrata permanezca en el poder.

Kennedy, a quien amplios círculos políticos están inflando como salvador de la situación, y a quien algunos sectores le atribuyen posiciones progresistas, tiene que someterse, para optar por la candidatura presidencial, al arbitrio de la plutocracia monopolista yanqui, que es quien dirige la política imperialista. De llegar a la presidencia Kennedy tendrá que cargar con las consecuencias de las medidas tomadas por Carter y, además, tendrá que proseguir aplicando la estrategia que éste inició y por lo tanto está condenado, de antemano, a profundizar la coyuntura crítica.

Todo esto marca una fase crucial en la suerte del poder imperialista yanqui, ya que todo el Pueblo norteamericano ha experimentado sucesivamente los efectos de la crisis militar de la guerra en Vietnam, los efectos de la crisis política e institucional del Watergate, los efectos económicos de la inflación, y ahora sufren los efectos globales de la recesión teledirigida destinada a reactualizar la superexplotación de la clase obrera norteamericana, que es la expresión más alta de la nueva crisis económica en los Estados Unidos.

La crisis que confronta la metrópoli yanqui es más profunda y más global que nunca antes, por lo que la generalización de las contradicciones políticas se torna ahora inevitable. La agudización de la lucha de clases se está acelerando rápidamente, y en esta situación, las luchas de las masas del Pueblo norteamericano empezarán a dirigirse, ya no solamente contra el nuevo régimen, sino contra el sistema.

No es ilusorio, en estas circunstancias, prever el surgimiento de nuevas coaliciones sociales y políticas en los Estados Unidos.

En esta medida el desarrollo de las luchas libertarias y revolucionarias de los pueblos oprimidos y explotados por ese mismo sistema contarán cada vez más, con la solidaridad y la identificación de las amplias masas del Pueblo norteamericano, llamado a ser el sepulturero del imperialismo yanqui.

EL PAPEL DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Desde hace algunos años para esta parte la Socialdemocracia europea ha puesto en evidencia una actividad política intensa, extendida a todo el mundo, y, en especial, hacia América Latina. Esta actividad política se ha plasmado en formas de solidaridad activa, con efectos prácticos positivos para los movimientos populares y revolucionarios de liberación del Continente.

Es significativo el hecho de que las posiciones anticomunistas de la Socialdemocracia se hayan atenuado en relación a muchas cuestiones de fondo que se encuentran en el tapete en el ámbito latinoamericano, y que la cuestión de la vía de la lucha armada, que ha sido un factor definitorio en la caracterización del contenido revolucionario de las luchas en América Latina, haya sido respaldada sin reservas por la internacional socialista, racionalizándola a su manera.

La Socialdemocracia no ha dejado en ningún momento de diferenciarse del "comunismo soviético" y del "capitalismo norteamericano" pretendiendo una equidistancia política. Sin embargo los términos que emplea revelan más bien una equidistancia geográfica que una imposible equidistancia ideológica. Esto ha hecho que haya quienes consideren que la Socialdemocracia contemporánea constituye el recurso último del imperialismo mundial ante el deterioro del sistema, y, particularmente, de su metrópoli yanqui.

Nos parece lógico que círculos liberales del capitalismo europeo, alarmados por la crisis por la que atraviesa el Estado imperialista yan-

qui, se propongan intervenir más directamente en las zonas de conflicto donde la integridad misma del capitalismo se encuentra amenazada. Nos parece lógico, también, que trate de hacerlo en América Latina, en cuyos países existen extensas capas de la clase media que configuran un peso político específico muy considerable, y que por su naturaleza y desenvolvimiento pueden ser receptivas al discurso social democrata.

Pero, tomando en cuenta que para ejercer su influencia ideológica en América Latina la Socialdemocracia tiene que tratar con extensos sectores de las capas medias, tiene que tratar con ellos en pie de igualdad política, y que a su vez estos sectores no pueden disociarse de la situación dinámica política de las masas populares, es dable pensar que el género de influencia que por medio de esas fuerzas los círculos capitalistas europeos puedan establecer en los países latinoamericanos no pueda ser, ni económica ni políticamente, la oprobiosa relación de dominio y opresión que caracteriza al imperialismo yanqui, que se ha significado por una ausencia total de planteamientos ideológicos.

Es dable suponer que esta relación tenga un carácter mucho más político y más polémico, y que, por lo tanto, su influencia esté más determinada por la correlación política de fuerzas y por la lucha ideológica.

De ser así, en tanto existan márgenes de convergencia objetiva en aspectos tales como la lucha contra el imperialismo yanqui y las camarillas de sus lacayos criollos, la liberación y el desarrollo económico-social de las fuerzas productivas, y la resistencia frente a la penetración y dominación de los grandes monopolios transnacionales, la confrontación entre las fuerzas revolucionarias y la Socialdemocracia no tiene necesariamente que ser de carácter antagónico, y la solidaridad de la Socialdemocracia internacional, más la acción de las fuerzas inspiradas por ella en el orden interno, pueden ser un factor coadyuvante en esta etapa del proceso revolucionario global.

El comportamiento de las fuerzas socialdemócratas internacionales y nacionales respecto de la revolución sandinista y del estado revolucionario popular en Nicaragua será un termómetro indicativo de la verdadera naturaleza y de los verdaderos propósitos de la Socialdemocracia ante la coyuntura.

Nuestra actitud hacia la Socialdemocracia estará, en estas circunstancias, condicionada por la actitud que observe frente a la revolución sandinista, por la convergencia objetiva que se pueda dar en los aspectos citados, y por el respeto y seriedad que observe ante nuestras definiciones ideológicas.

LA COYUNTURA CENTROAMERICANA

Indispensable para trazar y explicar nuestros objetivos y nuestra lucha revolucionaria es evaluar la coyuntura actual del área centroamericana y la magnitud global de los intereses que los imperialistas tienen en esta región.

Los intereses económicos del imperialismo en Centro América, aunque son muy importantes, están lejos de ser vitales. Más importantes son los intereses geopolíticos y estratégicos. Aparte de la cercanía geográfica, que ya de por sí es un factor importante, Centro América constituye un nudo vital para las comunicaciones entre los Estados Unidos y los países de América del Sur, y también para las comunicaciones y relación con la zona del Caribe. La existencia del Canal de Panamá y el oleoducto transcontinental que se proponen construir en Costa Rica son la más clara concreción de la importancia estratégica natural que para los Estados Unidos tiene esta área.

Pero Centro América es el eslabón más débil de la cadena imperialista en el continente. Sus estructuras económico sociales, en las que la presencia de rasgos precapitalistas es muy acentuada, son en conjunto la más atrasada del continente. En sus territorios no hay por ahora certeza de existencia de riquezas minerales que signifiquen una fuente de ingresos para impulsar, dentro del marco capitalista, un desarrollo relativamente próspero y propio de los países que la componen. A ello hay que sumar que los regímenes militaristas de camarilla, (oligárquicos o burgueses burocráticos), que la han gobernado en su mayor extensión, han completado con las estructuras dependientes, el freno a todo desenvolvimiento económico y político de carácter democrático.

Esta situación ha estado lejos de transcurrir estática y tranquilamente. Los pueblos centroamericanos han librado una prolongada, heroica y sangrienta lucha de resistencia. Durante los últimos diecinueve años han surgido varias organizaciones guerrilleras revolucionarias, que han alcanzado diferentes grados de enraizamiento en las masas populares. El triunfo del Pueblo nicaragüense, conducido por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, da una idea de la significación que en el área estos movimientos revolucionarios están destinados a alcanzar.

La revolución sandinista triunfante ha determinado en el área un cambio cualitativo imposible de evitar o de compartimentar. Ha introducido mutaciones inmensas, entre las cuales se pueden citar las siguientes como las más significativas: 1) Se ha producido un tajante cambio

en la correlación de fuerzas, en favor de la revolución y las aspiraciones populares; 2) La vía de la lucha armada revolucionaria se ha puesto a la orden del día y ha adquirido validez incuestionable en toda el área; 3) Ha cercenado de un tajo el cuadro estratégico militar de las fuerzas proimperialistas y reaccionarias; 4) Ha quebrado el bloque económico de los intereses transnacionales que existía en la zona; 5) Agudiza contradicciones inter-burguesas y propicia la formación de nuevos alineamientos políticos; 6) Ha abierto ampliamente la zona a nuevos factores de interés político y de solidaridad internacionales; 7) Ha acelerado la dinámica de concientización política de las masas en todos los países vecinos.

En el cuadro de la actual coyuntura centroamericana tiene también una enorme significación la gran victoria del Pueblo panameño que ha vencido en la primera etapa de su lucha por expulsar al imperialismo invasor y por conquistar su total soberanía sobre el territorio patrio. Y aunque, ciertamente, el año 2 000 se encuentra aún distante y todo se puede esperar de la perfidia imperialista yanqui, el Pueblo de Panamá se encuentra, ahora, en una substancial ventaja para defender lo conquistado y conciente de que la victoria final depende de saber mantenerse con la guardia en alto y alerta ante cualquier maniobra imperialista.

En estos marcos surge ahora con fuerza incontenible, la heroica y ardorosa lucha del Pueblo salvadoreño que mediante su guerra popular está sacudiendo hasta los cimientos el régimen militarista que durante 47 años ha reprimido a las masas trabajadoras y populares del vecino país en nombre y beneficio de una oligarquía burgués-terrateniente, férreamente estructurada alrededor de 14 familias. Las luchas revolucionarias y populares del Pueblo salvadoreño son el desvelo del Departamento de Estado yanqui, y el terror de la oligarquía que ha empezado a descomponerse y en parte está emigrando ya, o sacando su capital del país.

La camarilla militar salvadoreña trata desesperadamente de encontrar una salida airosa y mediatizada a la situación, pero el desarrollo de la lucha revolucionaria y popular ya no se lo permitirá. No es posible prever el desenvolvimiento de la situación a corto plazo, pero sí es posible asegurar que el régimen está perdido, que el cambio es inevitable, y que su magnitud y carácter determinará en considerable medida la próxima fase del desenvolvimiento político en Centro América, y la proporción de la correlación de fuerzas en el área global.

En gran medida el alcance de las conquistas revolucionarias y populares estará determinado en El Salvador por el grado de coherencia, coordinación y unidad que logren establecer las organizaciones revolucionarias salvadoreñas.

En Honduras las fuerzas democráticas y populares luchan y presionan a los militares en el sentido de la transformación del régimen. Siendo en este país la estructura del poder más endeble que en el resto de los países centroamericanos, las fuerzas populares tienen un considerable margen de posibilidades de hacer avanzar un proceso de cambios democráticos y hacer retroceder a las camarillas entreguistas que han sido en este país serviles lacayos de las compañías bananeras gringas.

Con diferentes características luchan las masas populares y las organizaciones revolucionarias en Costa Rica. Los marcos de la lucha en este país son por ahora democráticos, pero no son menos importantes, por eso, los combates que libran los trabajadores y las clases medias por sus reivindicaciones, en contra de la penetración imperialista, y en solidaridad y apoyo de las luchas de los Pueblos hermanos que libran guerras populares contra regímenes de opresión y represión. En este sentido, las luchas del Pueblo costarricense son determinantes en el área.

Para los guatemaltecos la lucha del Pueblo de Belice por su independencia se encuentra estrechamente ligada a la nuestra.

Los terratenientes guatemaltecos de antes, y los nuevos finqueros ahora, que han desalojado de sus tierras a decenas de miles de indígenas kekchíes, que se han visto obligados a refugiarse en Belice, pretenden en nombre de una soberanía guatemalteca sobre el territorio beliceño que nunca fue real, expandir su voracidad sobre la colonia británica que está a punto de lograr su independencia. La burguesía burocrática y las compañías imperialistas, petroleras y mineras, pretenden usar el mismo pretexto para apoderarse de las riquezas contenidas en el territorio de Belice. Todos ellos coaligados, ocultando sus verdaderos propósitos, han armado una gran gritería internacional reclamando el territorio de Belice para el "Estado guatemalteco", es decir, para sus mezquinos intereses. Creyendo que los guatemaltecos son tontos pretenden encubrir estas supuestas reclamaciones con un manto de nacionalismo y patriotismo para engañar al Pueblo de Guatemala y oponerlo al Pueblo de Belice.

Entre el Pueblo de Belice y el de Guatemala no hay comunidad histórica, ni económica, ni cultural. Pero sí hay comunidad política y comunidad de intereses sociales y de clase. Ambos luchan contra el imperialismo, por la independencia verdadera, por la justicia y bienestar so-



cial, por una sociedad sin explotados ni explotadores. Tanto el Pueblo guatemalteco como el de Belice podrían vivir felices, satisfechos y en fraternal convivencia, en sus respectivos países, si ambos pudieran dirigir libremente sus propios destinos. La lucha del Pueblo beliceño por su independencia se inscribe en la coyuntura general de la lucha de los pueblos centroamericanos contra el imperialismo, contra la dependencia, contra la opresión étnico-nacional, contra la represión, contra la explotación de clases.

Finalmente, la coyuntura centroamericana se completa con la decisión de Carter de establecer una fuerza móvil estratégica con jurisdicción sobre el Caribe, utilizando como pretexto la presencia en Cuba de una brigada soviética que desde hace 17 años tiene ahí funciones de entrenamiento. Vemos esta decisión como una clara medida de nuevo cuño intervencionista con que los yanquis pretenden intimidar a los gobiernos y Pueblos de la Zona del Caribe, temerosos de que las victorias obtenidas por los Pueblos de Panamá y Nicaragua estimulen las luchas populares y antiimperialistas al punto de que no puedan ellos detenerlas o controlarlas.

Incapaces de aglutinar suficientes fuerzas políticas locales en qué apoyar su estrategia, los gobernantes yanquis han decidido con su característica falta de escrúpulos, sacar a relucir su garrote militar haciendo recordar a los que tengan mala memoria, la naturaleza íntima del imperialismo.

Pero no obstante la magnitud de los intereses globales del imperialismo, y su maquinaria guerrerista, Centro América ha dejado de ser el traspartio cerrado del imperialismo y continuará siendo un punto crítico y convulsivo del esquema político continental, con implicaciones internacionales.

Consideramos que frente a esta realidad la activación del espíritu internacionalista entre las masas populares y las fuerzas revolucionarias del área y del Continente, elevada a nuevos niveles con los últimos acontecimientos, conlleva la necesidad y la obligación de alcanzar también nuevos niveles en el intercambio y coordinación estratégica.

Nuestras conclusiones son que el impulso y el desarrollo del proceso revolucionario y de la Guerra Popular Revolucionaria tiene que reajustarse en Centro América, y en Guatemala, a nuevos términos de calidad y a las nuevas magnitudes que ha cobrado la coyuntura en Centro América.

Ya no hay lugar para indefiniciones y vaguedades respecto del carácter y el contenido del proceso revolucionario en Centro América. En el

pasado fueron las indefiniciones y vaguedades los factores causantes de lagunas e impasses. Tampoco caben márgenes para irresponsables experimentos o aventuras, que también pudieron darse en el marco de esas mismas indefiniciones y vaguedades.

El EGP y las organizaciones revolucionarias guatemaltecas creemos estar plenamente concientes de esta realidad y de las exigencias que ellas imponen a nuestros esfuerzos y nuestra acción.

Podemos asegurar a todos los que nos leen o nos escuchan que conocemos la magnitud de esa responsabilidad, que la asumimos en todas sus dimensiones y consecuencias; que no escatimaremos ni un gramo de nuestro aliento, de nuestra energía o de nuestra vida en el empeño, y que más temprano que tarde lo coronaremos con la victoria.

EL MARCO CONTINENTAL

El grado de agudeza que adquieren la lucha de clases y la lucha anti-imperialista en Centro América y la relación que se establece entre ellas no es, para nosotros, un esquema absoluto y generalizado para todo el Continente. No ignoramos que en otros países de América Latina las condiciones revisten diferencias significativas.

En nuestra opinión la relación entre la lucha de clases y la plataforma de la resistencia nacional contra la penetración imperialista, o la defensa del patrimonio nacional frente a las exigencias y la voracidad de los monopolios transnacionales, no se encuentra en todos los países de América Latina al mismo nivel de entrelazamiento y complementación. La crisis global no afecta a todos los países de igual manera. Los sectores democráticos e independentistas de algunos países pueden, en distintos grados, y según sean sus particularidades, jugar un papel progresista y solidario con la lucha revolucionaria de nuestro Pueblo, y en esta medida, mediante las presiones políticas que puedan determinar sobre el imperialismo y sus lacayos criollos, o el respaldo y solidaridad que puedan proporcionarnos, pueden constituir factores que atenúen el encarnizamiento y la duración de la Guerra Popular Revolucionaria necesaria para el triunfo del Pueblo en nuestro país, y pueden constituir factores que contribuyan al establecimiento de otro tipo de relaciones entre nuestros pueblos.

CARACTERIZACION DE LA COYUNTURA NACIONAL

El antagonismo de clase que reviste la lucha de las masas de Guatemala y otros países centroamericanos, así como la crudeza y violencia de la misma está determinada por lo anacrónico de las estructuras económico-sociales, y también por las características de las clases y camarillas dominantes.

En las condiciones típicas de una economía dependiente y deformada por la producción especializada para la agro-exportación, y por la penetración del capital extranjero, el crecimiento (relativo) se produce sólo mediante dos métodos: manteniendo la actividad del mercado interno y el consumo a muy bajos niveles, para lo cual no hay necesidad de grandes inversiones, que es el método que caracteriza a los sistemas de producción precapitalista, o desarrollando una intensa y centralizada inversión de capital, utilizando para ello el ingreso público. La objetiva necesidad de desarrollo del capitalismo en el marco de las estructuras deformadas de los países dependientes y sub-desarrollados, determina que la dinámica concreta se incline hacia el segundo método, que es a la vez motivación y fuente del surgimiento de un sector burgués que se origina y desarrolla con el ejercicio de las funciones burocráticas del estado.

Este sector burocrático de la burguesía carece de estructuras originarias, pero utiliza el método mencionado para formarse, desarrollarse, y consolidarse como clase, y, concomitantemente, para impulsar el capitalismo en condiciones en las que los sectores clásicos de la burguesía, generados y configurados por la agro-exportación, no muestran mayor interés en invertir en el desarrollo del mercado interno.

Cuando esta burocracia encuentra que sus funciones la colocan en el plano de disponer de grandes volúmenes de recursos, de decidir inversiones de gran envergadura, de orientar proyectos económicos, de ser los negociadores directos con las grandes transnacionales y con las instituciones internacionales de crédito, sin estar directamente sujeta a las repercusiones derivadas de la problemática de costos, tasas de interés, déficits o pérdidas, va desarrollando a la par de una sed de poder administrativo, un gran afán por apropiarse de recursos monetarios y financieros. Las bases están sentadas para la formación, a partir de las camarillas que se enriquecen a la sombra del poder estatal, de una nueva categoría: la *burguesía burocrática*. Este sector comparte las características clasistas comunes a la burguesía, pero la amplitud del

control que ejerce sobre la administración estatal y, a través de los mecanismos de regulación sobre la producción, despiertan en él un impulso particularmente agresivo y voraz: En su peculiar forma de concebir los problemas y soluciones muestra una acentuada inclinación para elegir las opciones que le facilitan el lucro rápido y la extensión de su poder de decisión.

La ubicación que ocupa la burguesía burocrática vincula a este sector con todos los factores económicos, políticos, jurídicos y militares que integran el Estado. La ubicación que ocupan en la superestructura de la sociedad, identifica a burócratas, técnicos, políticos y militares en una dinámica global que merece ser analizada con mayor profundidad. Pero, en primera instancia, esto explica por qué el ejército, otrora servidor exclusivo de la oligarquía, se ve involucrado directamente en la constitución de la *burguesía burócratica*, y por qué se presta a ser su exclusivo instrumento de poder político y militar. La beligerancia que los militares despliegan luego, merced al poder de que son depositarios, en la defensa de los intereses de estos grupos, y en la imposición de sus planes y criterios que ejercen sobre otras facciones de las clases dominantes y sobre los sectores populares, los convierte en pivotes y testaferros de las camarillas políticas y económicas que van conformando la burguesía burocrática.

Ahora bien, el grado de sub-desarrollo de las estructuras capitalistas en nuestro país determinan, igualmente, el sub-desarrollo económico, ideológico y político de la burguesía burocrática. En Guatemala, como ocurre en los países agrícolas dependientes, el capitalismo produce la concentración de la propiedad fundiaria, casi al mismo nivel que produce la concentración de capital. Los sectores llamados a integrar la burguesía burocrática como clase no terminan de desligarse de la propiedad fundiaria ni logran homogeneizarse, por lo que no han pasado del nivel de camarillas. Mucho menos entonces, han sido capaces de constituir instrumentos políticos estructurados, o de establecer un cuadro institucional democrático.

La burguesía burocrática se encuentra entonces en nuestro país, en medio de una contradicción ya insalvable. La dinámica propia del desarrollo capitalista le exige adoptar formas democráticas, burguesas, de funcionamiento, necesarias incluso para disputarle terreno a sus rivales de clase; pero la ausencia total de base social y su debilidad política la hacen temer la pérdida del poder a manos de cualquier fuerza popular o democrática. Su único instrumento de poder real es el ejército, y su única posible política frente a los sectores populares

y democráticos, la represión. Sin posible alternativa para mantener una fachada aceptable de democracia, las camarillas de la burguesía burocrática han recurrido una y otra vez, cada vez de manera más cínica, al fraude y a la imposición de sus sucesores, dinámica que por otro lado, responde perfectamente al mecanismo de camarillas, que es común en los agrupamientos de clase que todavía no se han estructurado alrededor de intereses y conceptos sistematizados.

La camarilla que actualmente gobierna Guatemala es la cuarta en la línea de sucesión de los militares, burócratas y políticos que en 1966 le arrebataron un triunfo democrático electoral al Pueblo haciendo un títere del presidente elegido, y sumieron al país en un mar de represión y terrorismo, después de haber derrotado temporalmente al movimiento guerrillero popular.

Estas camarillas burocrático-burguesas, no tenían en 1966 un plan de gobierno, ni una política coherente. Adoptaron la guerra de contra-insurgencia para combatir las demandas populares y democráticas, estrategia en la que el gobierno imperialista yanqui entrenó a 2 158 oficiales guatemaltecos, hasta el 30 de junio de 1969, según estadísticas del Departamento de Estado de los Estados Unidos. (Entre estos oficiales se encuentran los últimos tres presidentes y todos los ministros de la Defensa y jefes de Estado Mayor del Ejército de los últimos cuatro gobiernos). La contrainsurgencia se acomodaba perfectamente al criterio de clase de la burguesía burocrática. Les sirvió para hacerse del poder, aún en el medio de un abismal vacío político, y para reprimir a los sectores populares.

La camarilla que gobierna actualmente, representa el más alto y cínico intento de la burguesía burocrática de monopolizar el poder del Estado, de erigirse en clase hegemónica, y de sentar las bases para expandirse más allá de las fronteras nacionales, como lo demuestra sus intentos anexionistas sobre Belice. También pretende, desde luego, apoderarse en complicidad con el imperialismo, de las riquezas de nuestro suelo y de trabajo de todo el pueblo.

Para lograr esto ha desatado la más intensa campaña permanente de represión y terror, destinada a doblar la combatividad y la resistencia de las masas populares.

Pretende, además, cerrar, a sangre y fuego, toda posibilidad de que otras camarillas de las que se forman en su seno, otros sectores de las clases dominantes y, por supuesto, los sectores políticamente activos de las capas medias, puedan constituirse en alternativas de poder. Al grado de voracidad de estos propósitos se deben el salvajismo que en

Guatemala han adquirido la represión y el terrorismo gubernamentales, cuyos rasgos de inconcebible ferocidad se han denunciado internacionalmente con cifras de asesinados y torturados que difícilmente tienen paralelo en la actualidad. Es bien conocido que en Guatemala NO HAY prisioneros políticos; ningún detenido por razones políticas llega jamás vivo a los tribunales. Los jueces sólo consignan cadáveres. Pero en cambio, en muy pocos países del mundo luchar por los más simples derechos democráticos alcanza tales niveles de peligro concreto, pues los líderes sindicales, populares y hasta los diputados aceptados por el régimen, que osan defender los intereses populares, manifiestan su oposición a la política gubernamental, o hacer política que significa obstáculos para que la camarilla obtenga sus fines, son acosados, perseguidos, torturados y asesinados en las calles y a plena luz del día, en abierto desprecio a todo lo que puede ser opinión pública nacional e internacional. Esta falta de escrúpulos no constituye solamente un rasgo definitivo de la ferocidad de esta camarilla y de la burguesía burocrática de Guatemala, sino debe verse también como un elemento de su táctica, que tiene el propósito de aterrorizar y amedrentar a los sectores democráticos y populares. Pretende paralizar la acción de las masas por medio del terror.

Los asesinatos del líder universitario Oliverio Castañeda y de los dirigentes nacionales social-demócratas Manuel Colom Argueta y Alberto Fuentes Mohr, siendo éste último diputado al Congreso de la República y jefe de la bancada parlamentaria social-demócrata, fueron deliberadamente planificados para aterrorizar e intimidar a la ciudadanía. Los lugares, las horas y las tácticas empleadas fueron escogidas claramente con ese propósito. En ningún momento le pasó a la camarilla que gobierna y a su brazo ejecutor la idea de preservar su imagen de prestigio. Para ellos lo importante era que estos asesinatos cometidos en lugares y horas en que el mayor número de gentes posible presenciara la persecución, ametrallamiento y tiro de gracia que en los tres casos fue una constante, fueran conocidos y descritos, y que de esta manera las masas del pueblo se aterrorizaran y los dirigentes populares y democráticos, paralizados por el miedo, se doblegaran o se silenciaran.

Pero sus cálculos les han resultado totalmente equivocados pues la reacción popular ha sido precisamente la contraria de la que ellos esperaban. El movimiento popular y democrático no solamente no se ha amedrentado, sino se ha mantenido firme, se re-organiza, se fortalece y cobra combatividad y conciencia de que las condiciones objeti-

vas hacen en Guatemala imposible e inoperante un cambio evolutivo y una transformación pacífica. En consecuencia, cada día más las masas vuelven sus ojos y esperanzas a los destacamentos guerrilleros que en ciudades y montañas empiezan a afianzar zonas enteras de operaciones en el interior del país.

La peculiar voracidad de esta camarilla la ha llevado a disputarle a otros sectores de las clases dominantes mercados y propiedades, privilegios y esferas de poder, usando para ello también métodos gansteriles y terroristas, lo que ha creado contradicciones interburguesas muy profundas. Estas contradicciones tienen ya perfiles y diferencias políticas muy agudas, circunstancia que determina el apareamiento de fisuras en el bloque de las capas dominantes, tan profundas, que es posible asegurar que han adquirido carácter de irreconciliables.

Esto no quiere decir que no coincidan objetivamente en la esencia del sistema, o que no formen un frente unido contra la Revolución, e incluso contra las transformaciones democráticas reales, o que su coordinación política, económica y represiva no sea un hecho objetivo. Pero sí quiere decir, sin embargo, que dicha coordinación se da, plenamente articulada sólo durante momentos coyunturales. Fuera de estos se manifiestan incoherencias, contradicciones e irracionalidades, que en la mayoría de los casos solamente contribuyen a que el deterioro político de conjunto se agudice, a que la lucha de clases se profundice, a que el proceso se radicalice globalmente, y a que la conciencia de las masas populares se eleve con más celeridad.

Este factor, de carácter secundario, sumado al de la agudeza y complejidad estructural que hace impracticable la aplicación de un programa reformista global, es un elemento más que determina la factibilidad y la necesidad de la Guerra Popular Revolucionaria como la única vía para la Revolución y la transformación del injusto y oprobioso status quo que agobia a nuestro Pueblo.

LAS PERSPECTIVAS DEL REGIMEN ACTUAL

La aparente coincidencia que la camarilla gubernamental y los más reaccionarios círculos oligárquicos han establecido actualmente como consecuencia del triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua (coincidencia que les lleva a rechazar indignamente las paternales sugerencias de moderación y tacto que les hace el imperialismo yanqui), coincidencia en el plano político y represivo, será, sin embargo, una

cuestión coyuntural que puede prolongarse por meses y quizá un año pero que está destinada a agrietarse y a provocar nuevos y posiblemente mayores distanciamientos a la vuelta de corto tiempo, porque las diferencias en el plano económico y estratégico son demasiado profundas.

La inestabilidad del sistema de producción que operan los burgueses y terratenientes agro-exportadores, ha hecho surgir, después de la caída de Somoza, grandes temores en ese sector. La fuga de capitales y la venta de propiedades, ha sido una manifestación de ello. Esto es aprovechado ya, y lo será en mayor escala muy pronto, por los sectores más voraces de la burguesía burocrática, dispuesta a acaparar posiciones económicas, a forzar la venta de acciones y hasta empresas, y con ello afianzar su poderío económico.

El descalabro del Mercado Común Centroamericano, como consecuencia de la derrota del somocismo en Nicaragua, constituye un factor de mucho peso en el realineamiento de los intereses económicos faccionales del área, y en consecuencia, fuente de nuevas contradicciones y profundización de algunas ya existentes previamente. Esto suma incertidumbre en la perspectiva política de las clases dominantes en Guatemala.

El futuro del régimen, pues, no es promisorio. El régimen de gobierno ha venido deteriorándose aceleradamente en lo político. Si ya antes de la caída de Somoza se encontraba en un callejón sin salida, ahora después del triunfo sandinista en Nicaragua y de la reactivación de la combatividad y espíritu revolucionario de los pueblos vecinos y del propio, se encuentra en un atolladero, en el que no puede ni seguir ni regresar. La represión que ha utilizado para mantenerse en el poder, en contra de la voluntad de todos los sectores populares, sin contar para su respaldo más que con el ejército, ha llevado a la asesina camarilla del gobierno a desatar una represión que ha golpeado en diferentes grados, indistintamente, a todos los sectores populares y democráticos. Este hecho no le deja a estos sectores, grandes márgenes contables de libertad de acción o de perspectivas políticas particularizadas para sí mismos. Objetivamente, sus perspectivas, como sectores representativos de parte del Pueblo guatemalteco, se van integrando, en distintos grados de afinidad, a las perspectivas de las masas populares que en Guatemala cada día se proyectan más hacia el cambio revolucionario.

Aunque en el cercano futuro puedan darse pausas de ilusionismo reformista y pacífico entre algunos sectores democráticos, las condiciones objetivas en nuestro país, parte de las cuales hemos mencionado,

determinan que, inexorablemente, deba producirse en nuestro país una convergencia objetiva y consciente del movimiento revolucionario, del movimiento popular, y del movimiento democrático. Esta convergencia, que desembocará, como un torrente, más temprano que tarde, en la confluencia de la Guerra Popular Revolucionaria, del triunfo de la revolución, de la destrucción del régimen de poder actual, y de la instauración del poder popular revolucionario, es otro más de los factores que garantizan nuestro triunfo.

El deterioro del régimen actual no solamente es notorio y visible en la irracionalidad de su funcionamiento económico, en la injusticia social, en la represión y la opresión, en la corrupción y el peculado que lo caracterizan, sino también en una acelerada y generalizada descomposición social que se manifiesta en todos los órdenes. Es verdad que en Guatemala existe un alto índice de delincuencia común de drogadicción y de alcoholismo. Este fenómeno se manifiesta actualmente en todas las capas sociales, y el grado más acelerado de algunas manifestaciones de delincuencia, drogadicción y alcoholismo se está dando precisamente en las capas medias altas y las clases dominantes. Los robos, las estafas, los secuestros, los asesinatos que ocurren a diario involucran constantemente a funcionarios, empresarios, políticos y altos jefes militares, que se desgarran entre sí en medio de una desmoralización generalizada. Esto también es parte de la crisis general. Esto también se suma a los factores que determinan la victoria revolucionaria.

EL PROBLEMA ETNICO-NACIONAL Y LA REVOLUCION

Con todo y lo que hay en común estructural y geopolíticamente con los países centroamericanos, Guatemala tiene una peculiaridad que la distingue del resto. Un factor que sin determinar cambios esenciales en la dinámica del proceso social, de lucha de clases y de la lucha revolucionaria, introduce un elemento distintivo, que es a la vez una necesidad adicional de transformación revolucionaria en nuestro país.

Se trata del problema nacional étnico. En Guatemala la mayoría de la población, el 60% de su totalidad, pertenecen a 22 grupos minorías étnicas, indígenas, que en conjunto constituyen la mayoría de los guatemaltecos, la mayoría de los dueños de la Patria.

Este 60% de los guatemaltecos ha permanecido marginado, discriminado y oprimido desde el tiempo de la colonia a los días presentes. En ellos se sintetiza el máximo de la opresión y el máximo de la explo-

tación, pues también son ellos los que aportan la mayor parte de la mano de obra barata y forman la mayor proporción del semiproletariado.

En algunas regiones han sido relegados a los lugares más alejados, inhóspitos y pobres, de tal manera que a ellos no llegan ni las ventajas ni las desventajas de los servicios, del poder estatal, y de las instituciones de las clases dominantes. También son grandes los problemas de comunicación, de contacto y de intercambio, económico, social y cultural.

En estas condiciones no es dable hablar en Guatemala, de la existencia de una nacionalidad integrada. Los opresores de los indígenas guatemaltecos, los de antes y los de ahora, creyeron erróneamente que la servidumbre, la explotación o la marginación, quebrantarían el espíritu de resistencia de los pueblos maya-quiché y que sus rasgos sociales y culturales desaparecerían con el tiempo y serían finalmente absorbidos y digeridos por el sistema. Profundo y fatal error; esas condiciones han acumulado y fortalecido los factores de identidad propia de los pueblos indígenas, y la acumulación de su sorda rebeldía ha venido aumentando, de tal manera que ahora su magnitud no sólo ya no puede ser ignorada, como factor catalítico, sino que se ha convertido, además, en un elemento decisivo para el futuro de nuestro país.

Las minorías étnicas guatemaltecas no pueden dirigir y construir libremente su desarrollo cultural, no pueden gozar de su legítimo derecho a participar en la conducción de la Patria y de participar en la configuración de su fisonomía social y cultural, en un país donde el sistema de producción y el desarrollo está determinado por las leyes de la explotación de clases y de la opresión de razas y culturas.

Por estas razones ningún cambio parcial que se opere en la sociedad guatemalteca, o en su régimen, eliminará estas diferencias que hacen de la mayoría de la población guatemalteca una masa subyugada. La historia ha comprobado que el capitalismo no puede resolver estos problemas, porque su propia dinámica de dominación de clases le conduce a incorporar a sus mecanismos la opresión nacional. La liberación verdadera y total de los grupos nacionales y oprimidos es imposible de llevar a cabo en el cuadro de una sociedad dividida en clases, explotadoras y explotadas.

Sólo en el socialismo, que elimina las fronteras de la explotación y de la división de clases, podrán los indígenas guatemaltecos formar parte de la comunidad nacional y cultural sin perder su identidad, pues entonces el factor que cohesionará las partes componentes de la naciona-

lidad guatemalteca será un interés común, y no el dominio de unos sobre otros. La comunidad de los guatemaltecos no estará determinada por el sometimiento de todos a un mismo destino desigual, sino estará determinada por la convivencia común de un mismo destino conjunto, en una mecánica de recíproca comunicación, interacción e interinfluencia. Sólo en estas condiciones podremos hablar de la nación guatemalteca. Y este imperativo social constituye, junto con la lucha de clases, el impulso esencial de la revolución guatemalteca.

LA UNIDAD DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

El movimiento revolucionario guerrillero surgió en Guatemala en los primeros años de la década de los sesenta. Desde el principio la tendencia a la unidad estuvo presente, de tal manera que muchas veces, durante el desenvolvimiento de la lucha, las organizaciones que han integrado el movimiento establecieron vínculos de coordinación e intentaron constituir las bases para una unidad orgánica.

Como contraparte hubo también agrias y difíciles, divisiones y nuevos alineamientos. Sin embargo, la idea y el ánimo unitarios ha sido siempre una constante, sobre todo a nivel de las bases.

Hasta los años 70 esta dinámica de suma y resta tuvo como protagonistas principales a las Fuerzas Armadas Rebeldes y al Partido Guatemalteco del Trabajo (comunista) uno de los pocos en América Latina que incorporó a su línea, como factor principal, la estrategia de la lucha armada.

A partir del año 72 el movimiento revolucionario se amplió con el surgimiento del EGP, ya que éste aunque tuvo sus raíces en el PGT y las FAR, con su formación como entidad sumó nuevas fuerzas a la lucha.

Estas tres organizaciones han venido desarrollando durante los últimos años, un gradual proceso de acercamiento e identificación política, ideológica y estratégica en todos los niveles en los que funcionan. Se trata de un proceso a la vez objetivo y subjetivo, espontáneo y conciente. Este hecho, sumamente significativo, impide que en la cúspide se lleguen a acuerdos ficticios, o que, por el contrario, se produzcan conflictos originados por diferencias personales o de camarilla. Se trata, además de un proceso que se conduce gradualmente, sin precipitaciones e improvisaciones, con una sedimentación real. Esto es la consecuencia de que las organizaciones y dirigentes

revolucionarios, herederos de variadas y ricas experiencias, han demostrado que saben aprender las lecciones de la historia. Por eso mismo las organizaciones revolucionarias conducen este proceso evitando las manifestaciones de sectarismo, hegemonismo y esquematismo, que han caracterizado otros procesos y otros momentos.

Este proceso unitario, que se realiza muy concretamente alrededor de la estrategia de guerra popular revolucionaria, como contrapartida ha tenido que ocasionar también manifestaciones de reajuste y selección internas. En el seno del PGT se ha producido una lucha interna por definir una línea política más combativa, revolucionaria y consecuente, llamada a tener repercusiones muy profundas en este partido y en el movimiento revolucionario en su conjunto. La mayoría de la militancia obrera y campesina del PGT y una buena parte de su cuadros medios y nacionales desconocieron a los organismos de dirección, integrados en su mayor parte por una corriente de clase, de formación intelectual, que no alcanza a llegar a los planteamientos revolucionarios que Guatemala necesita, y que ha alejado al PGT de la línea de lucha armada que fue diseñada en términos generales en el IV Congreso del Partido y que su Comisión Política, capturada y asesinada en bloque por el gobierno en 1972, se proponía aplicar y profundizar en coordinación con las otras fuerzas revolucionarias.

Además otros sectores y fuerzas del Pueblo convergen activamente al proceso de la guerra popular revolucionaria, aportando y sumando fuerzas al mismo. Este es el caso de la Organización del Pueblo en Armas, surgida a la palestra de la guerra popular revolucionaria el mes pasado, después de varios años de esforzado proceso de preparación clandestina de su organización. En otras circunstancias el surgimiento de una nueva organización constituye el indicio de una división en el campo de las fuerzas revolucionarias. En el caso de Guatemala, dadas las características de complejidad de su cuadro político y social, la aparición de una nueva organización que no se forma a expensas de las ya existentes, que converge con su acción al esfuerzo revolucionario común y aporta fuerzas al mismo, constituye una suma de factores y un reforzamiento de la tendencia unitaria general.

No aparecen indicios de que este proceso puede ser interrumpido o desviado por factores internos en las actuales condiciones. En cuanto a los factores externos, la agudización de la lucha de clases en general, el desarrollo de la guerra guerrillera, el encarnizamiento de la represión antipopular y la profundización de la coyuntura en el área, todos ellos son factores que, dada la existencia de las condiciones subjetivas ya

descritas, lejos de interrumpir o desviar el proceso de unidad revolucionaria tienden objetivamente a fortalecerlo, generalizarlo y homogeneizarlo.

Esta tendencia unitaria del movimiento revolucionario constituye, en nuestra opinión, un factor estratégico decisivo, que opera en favor del desarrollo victorioso de la Guerra Popular Revolucionaria y del triunfo de la Revolución.

LAS CLASES DOMINANTES ANTE LA REVOLUCION

En un país cuya estructura, dependiente de la producción agro-exportadora y de remanentes pre-capitalistas, (situación ya de por sí inestable y deficitaria), tiene otros factores de contradicción, como los ya mencionados, las transformaciones económico, políticas y sociales, destinadas limitadamente a colocarlo a la altura de los requerimientos indispensables de la producción y la vida social contemporánea, tienen necesariamente que entrelazarse con las tareas y los objetivos más avanzados que en perspectiva se propone la humanidad.

Ya es demasiado tarde para que medidas limitadas o parciales, destinadas a reformar arcaicas estructuras, todavía perviventes en Guatemala, que han sido pivotes del sistema, puedan ser aplicadas, manteniendo a la sociedad en su conjunto, dentro del marco de sumisión y atraso conveniente para las clases dominantes y el imperialismo. Las tareas democráticas y burguesas del desenvolvimiento económico y social se encuentran traslapadas inevitablemente con las tareas que la humanidad realiza ya para liberarse de la explotación del hombre por el hombre, de la opresión de clases, de las diferencias entre campo y ciudad y de las diferencias entre el trabajo intelectual y el trabajo manual.

Los grandes sectores de las clases dominantes y acomodadas, beneficiarias del sistema, tienen frente a esta realidad, comportamientos diferentes. La burguesía burocrática y sus aliados empresariales procuran con todas sus fuerzas, a sangre y fuego, impulsar el desarrollo capitalista desde las posiciones del estado y el sector público, reprimiendo a los sectores populares. Buscan acomodamientos convenientes frente a los sectores tradicionales de la Iniciativa Privada, sin dejar de presionarla y disputarle cuanto privilegio o esfera de influencia les sea posible, pero sin llegar a desequilibrar la convivencia interna del bloque dominante. Busca las mayores ventajas que su posición de lacayo le permite



frente a sus amos imperialistas, tratando de constituirse definitivamente en su intermediario orgánico.

Los sectores tradicionales de la oligarquía burgués-terrateniente se resisten con todas sus fuerzas a cualquier cambio, y con ello serán un factor decisivo en la inevitable agudización de la lucha de clases. Ellos ven en peligro su patrimonio desde todo punto de vista, pues ya no digamos la Revolución, sino la "democratización" trae consigo pérdidas para sus intereses. Enarbolando la bandera del anticomunismo se erigen en los cruzados de la contrarrevolución, sin dejar, a la vez, de presentar un frente de resistencia a la burguesía burocrática y de librar, con garras y colmillos, combates contra ésta, pero sin llegar a declararle la guerra definitiva. En este comportamiento hay una lógica fundamental: frente a la Revolución están dispuestos a respaldar el poder de la burguesía burocrática, pero no sin regateos ni presiones, que con frecuencia puede llegar a los chantajes y zancadillas, ni sin abandonar las ilusiones de volver a detentar el poder.

Con la agudización general de la lucha de clases y el avance de la Revolución, en los actuales marcos del contexto centroamericano, se producirán inevitablemente, disidencias de estos dos grandes sectores, protagonizadas por aquellos que capten con más justeza y realismo la esencia del desenvolvimiento político y social. Sectores, que sensibilizados, no verán el triunfo de la Revolución y la instauración de un poder popular, en nuestro país, inexorablemente ligados a su destrucción física. Sectores o individuos capaces de captar que en la obligada transición de un sistema a otro existe un margen para que los sectores de su clase que no se han comprometido con la represión, ni con la entrega de nuestras riquezas naturales, ni participado en el saqueo del patrimonio nacional o del Pueblo, puedan jugar un papel de utilidad social, en la medida en que reconozcan, respeten y busquen adaptarse al régimen revolucionario popular. Sectores que vean una perspectiva de participación honesta y patriótica en la construcción de la Guatemala, revolucionaria, socialista, libre y soberana e independiente, y que, por lo tanto, rechacen la imagen apocalíptica con la que el anticomunismo, la contrarrevolución y la reacción pintan el triunfo popular y la integración de la nacionalidad guatemalteca.

Estos sectores, grupos o individuos, podrán integrarse al proceso de transformación estructural, en el que podrán ser, según sus capacidades factores activos y creadores de la nueva Guatemala, sin temer por su destrucción o su desvalorización integral. Muchos podrán encon-

trar, incluso, nuevas y más trascendentes perspectivas ligadas al desarrollo y avance de la revolución y el socialismo.

ALGUNAS CONCLUSIONES:

— La lucha revolucionaria de nuestro Pueblo se engarza en un contexto más favorable ahora que nunca. Las perspectivas son de su desarrollo acelerado y profundizado, de la generalización de la Guerra Popular Revolucionaria, y de la incorporación, en contingentes mayores, de las masas populares.

— El imperialismo se halla sumido en una crisis orgánica, muy profunda y grave, que constituye un punto crucial del cual no puede regresar. Las clases dominantes, en la metrópoli imperialista, se ven obligados a tomar medidas que a pesar de sus propósitos y esfuerzos, conducirán a una agudización de la lucha de clases en los Estados Unidos, a la polarización política, a la toma de conciencia del Pueblo norteamericano, y a una mayor solidaridad activa de amplios sectores de ese pueblo con las luchas de liberación de los pueblos sub-desarrollados. Esto constituye un factor estratégico favorable al triunfo de nuestra lucha.

— El campo socialista se ha depurado y revitalizado. No obstante algunas podas, se ha fortalecido globalmente, en el último tiempo. Su presencia garantiza el desenvolvimiento revolucionario.

— Diversas fuerzas internas y externas, no identificadas con nuestros enemigos, pugnarán por propiciar cambios político-sociales en nuestro país, que no pongan en peligro el sistema capitalista y que favorezcan sus intereses. En tanto no surjan divergencias antagónicas y haya coincidencia en la lucha por la liberación y la lucha antiimperialista, la convivencia es posible.

— No podrá haber en Guatemala un triunfo revolucionario si éste no logra transformaciones en las estructuras y en las instituciones que reflejen básicamente las necesidades y los intereses concretos e históricos de la clase obrera y los demás sectores populares de Guatemala.

— No podrá haber triunfo revolucionario en Guatemala si éste no conlleva el desaparecimiento de la opresión étnico-cultural, la incorpora-

ción de los pueblos indígenas a la plenitud de los derechos económicos, políticos y sociales y a la constitución de un marco de convivencia nacional sin desigualdades, común y conjunto con la población mestiza.

— El desenvolvimiento histórico y económico-social de nuestro país, la conjunción de factores arcaicos y modernos, en el marco de la actual coyuntura mundial, determinan un entrelazamiento de las tareas revolucionarias, democráticas y socialistas, imposible de deslindar y de desligar como conjunto. La revolución guatemalteca deberá abordar esa problemática global. De esto deriva su contenido.

— La ubicación geopolítica de Guatemala y el actual grado de desarrollo del campo socialista, explica y determina que el triunfo revolucionario en Guatemala abra una fase de obligada transición, entre un sistema y otro, del capitalismo al socialismo, que persistirá en tanto que el socialismo, como sistema global, no logre una correlación de fuerzas decisiva en su favor.

— La liquidación del status de país dependiente del imperialismo y la instauración de un poder popular revolucionario constituyen las bases iniciales de ese periodo de transición.

— La actitud de comprensión y solidaridad de pueblos, organizaciones, gobiernos, fuerzas y personalidades revolucionarias, democráticas y progresistas, la ayuda concreta y la incidencia política y moral que ejerzan en el curso de la duración de nuestra guerra popular revolucionaria, tendrán una influencia determinante en su duración, en su encarnizamiento y, en consecuencia, en los efectos físicos, morales, materiales y políticos que ella tenga en nuestro país.

— La objetiva tendencia unitaria de las organizaciones revolucionarias establecidas, y las nuevas que aporten la suma de nuevos sectores del Pueblo, constituye un factor estratégico decisivo para la transformación de la correlación de fuerzas locales en sentido favorable para el triunfo de la Guerra Popular Revolucionaria, la toma del poder, y la Victoria de la Revolución.

HASTA LA VICTORIA SIEMPRE
EJERCITO GUERRILLERO DE LOS POBRES
E. G. P.